

## **Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 24.08.2011**

Decía ayer que el Prólogo de la Regla saca a la luz algunos aspectos esenciales para llegar siempre de nuevo a la verdad de nuestra vocación. Lo primero que he subrayado es el buscar y acoger en el monasterio el padre y maestro que nos permita crecer y caminar en el discipulado filial.

Poco después, san Benito insiste mucho sobre otro aspecto: la oración: “Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que él la lleve a término, para que, por haberse dignado contarnos ya en el número de sus hijos, jamás se vea obligado a afligirse por nuestras malas acciones” (Pról. 4-5).

Esta recomendación inicial de la Regla, nos recuerda que nuestra conversión, nuestro regreso de nuestra miseria a la vida filial en la casa del Padre, es para nosotros una obra imposible. Al hombre le es imposible volver a Dios por sus propias fuerzas; al hombre le es imposible cambiar por sí solo; al hombre le es imposible salvarse sin la gracia de Dios. Porque salvarse quiere decir convertirse plenamente en hijo de Dios. Y esto supera nuestras posibilidades. Ningún hombre puede con sus solas fuerzas dar el salto ontológico del ser simplemente hombre a ser hijo de Dios. Porque es esto lo que nos propone el camino de la Regla: la conversión del estado de alienación de Dios, de alejamiento de Dios (cfr. Pról. 2), a la condición de hijo de Dios. En esto, todo el camino de la Regla no hace sino hacernos vivir hasta el fondo el misterio de nuestro bautismo.

Dios quiere hacernos hijos suyos, pero con dos condiciones: que lo queramos y que le dejemos hacer a Él. Estas dos condiciones se expresan y resuelven en la oración: la petición insistente expresa justamente la conciencia de aquello que somos y de aquello que estamos llamados a ser. Somos impotentes para llegar a ser hijos de Dios; estamos llamados a serlo; solo Dios puede realizarlo. Por lo tanto, nuestra posición justa es la de pedirlo al Señor, pedirle insistentemente a Dios que realice Él esta obra imposible.

San Benito no complica demasiado su enseñanza sobre la oración, porque para él lo esencial es la oración de petición, la que insiste para convencer a Dios y, sobre todo, a nosotros mismos que queramos verdaderamente que Él actúe, que Él intervenga, que Él realice todo lo que nos es imposible. En esto, Benito es educado principalmente por la súplica y la fe expresada en los Salmos: Al Señor “No le agrada el vigor de los caballos, ni estima los jarretes del hombre. El Señor ama a los que lo temen y a los que esperan en su misericordia” (Sal 147,10-11).

La gran obra de nuestra vida, la obra esencial, es, así pues, la de llegar a ser cada vez más hijos de Dios por la gracia; es decir, adherirnos siempre más profunda y realmente a Jesucristo.

“Después de habernos hecho el don de ser sus hijos, no deba un día entristecerse por nuestro mal comportamiento”. San Benito nos dice que ya hemos recibido la gracia de ser hijos de Dios, gracias a la muerte y resurrección de Cristo, gracias al bautismo, al don del Espíritu Santo, pero esta gracia debe como conquistar toda nuestra vida, en el tiempo, en sus distintas dimensiones, en todas las circunstancias y encuentros que progresivamente vengán a componerla, a construirla. La Regla nos acompaña en este camino de asimilación progresiva, cada vez más profunda y totalizadora, de la gracia de ser hijos de Dios en Cristo por el Espíritu.

¿Y cómo se avanza en la vida siendo cada vez más hijos de Dios? Pidiendo y recibiendo la vida, en todos sus matices, como un don de Dios, como una generación de Dios Padre en nosotros. Como dice el Salmo 2: El Señor “me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo...” (Sal 2,7-8).

“Ante todo, cuando comiences cualquier obra buena, pide insistentemente a Dios en la oración que Él mismo la lleve a término...”

La perseverancia e insistencia en la petición hace progresar en nosotros la gracia de la filiación divina. Dios tiene en sus manos el inicio y el cumplimiento de todo. Nuestro Dios no es una divinidad pagana que lanza las cosas sin ocuparse más de ellas. Dios comienza por cumplir, y cumplir Él. No somos nosotros los que comenzamos, y aún menos somos los que llevamos la obra a término. Nuestro verdadero trabajo es el de pedir el cumplimiento de todo lo que comienza en nuestra vida.

“Ante todo, cuando comiences cualquier obra buena, pide insistentemente a Dios en la oración que Él mismo la lleve a término...”

¡Cuántas cosas buenas comenzamos en nuestra vida! Encuentros, acontecimientos, intereses, estudios, amistades, obras... Y es normal que deseemos la duración y el cumplimiento de cada cosa buena que comenzamos, un cumplimiento eterno, porque, si una cosa es bella y buena, queremos que no termine nunca, que no muera jamás. Pero, instintivamente, cuando deseamos que una cosa buena dure y no termine jamás, comenzamos a manipularla, a hacer de todo para garantizarnos la duración de la misma. Y actuando de este modo destruimos con frecuencia desde el comienzo lo que Dios, sin embargo, nos está dando para siempre. Pensad, por ejemplo, en cuantas relaciones afectivas se acaban apagando y destruyendo de este modo. O quizá, a menudo abandonamos en los comienzos muchas cosas buenas porque pensamos que somos nosotros los que debemos llevarlas a término y nos damos cuenta que somos incapaces, que el interés y el entusiasmo va disminuyendo en nosotros. Y así, a fuerza de destruir cosas buenas, o de abandonarlas, es nuestra misma vida, obra buena de Dios por excelencia, la que abandonamos y arruinamos.

San Benito ama mucho nuestra vida, su plenitud, porque no nos da consejos morales, sino que nos da un consejo esencial, el único eficaz. Pedir con insistencia, implorar con “*instantissima oratione*”, es decir, siempre, en cada instante y en cada circunstancia, que Dios lleve a su cumplimiento, a su plenitud y perfección, todo lo que de bueno se inicia en nuestra vida, y, por tanto, la vida misma. Es el único trabajo que nos pide, el único que vale la pena emprender, el único trabajo que podemos siempre retomar; porque, pedir, mendigar, es un trabajo de los pobres, de los míseros, o, mejor aún, de los niños, es decir, de quien se sabe incapaz de realizar por sí solo la vida. Pero, precisamente por esto, porque el cumplimiento de la vida es llegar a ser hijo de Dios, el trabajo de pedir es ya un misterioso cumplimiento de nuestra existencia.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*